

En Él medita, en la tranquila celda.
Su cuerpo está en el claustro, mas su alma
Loca se agita en la mundana esfera.
Sólo piensa en el hombre á quien adora
Sólo en su amor desesperada sueña:
Ni el áspero cilicio, ni el ayuno,
Su mente apartan de su eterna idea,
Y ¡está demente nuestra pobre hermana!
Dicen las monjas al rogar por ella;
Y ¡loca estoy! exclama la infelice
Al contemplar su mísera existencia.
¡Oh, locura espantosa es la que nace
De un insensato amor que desespera!
¡Qué angustias, qué tormentos, qué dolores
Debe sufrir el alma que despierta
Del sueño de la muerte en un sepulcro
O de un convento en la apartada celda!
Elvira que en la linfa de la fuente
De su rostro ha admirado la belleza,
Que correr siente el juvenil arroyo
De hirviente lava por sus rojas venas,
Elvira que en su amante desvarío,
Ni en su renombre, ni en su fama piensa,
Y leona herida, rescatar pretende
Su amor, aunque lo compre su vergüenza
Y ser la amiga yá que no la esposa
Del hombre, por el cual su alma vendiera:
Elvira, ve en el claustro su sepulcro
Y ve en sus muros de insensible piedra,
La losa horrible que romper no puede
El muerto que en la tumba se despierta.
A aquella tumba en su furor maldice:

De Dios y de sus Vírgenes blasfema,
 Y el sacro altar ante sus yertos ojos
 Un patíbulo enhiesto le semeja.
 ¿Podré romper los criminales lazos
 Que á este mundo de sombras me sujetan,
 Podré quebrar los hierros de mi cárcel,
 Podré volar á la envidiada esfera
 Donde vive mi amor, mi Dios, mi cielo?
 Pregunta sin cesar. Y á su querella
 El eco grita en el altar sagrado,
 ¡Imposible! ¡sacrílega! Y las celdas
 Y el claustro silencioso, y el convento,
 ¡Imposible! ¡sacrílega! contestan.
 ¡Imposible! ¡Ay! palabra que es la muerte
 Del sentimiento humano y de la idea!

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

VIII.

Es cierto: ¡loca está! la triste Elvira,
 Cuando las monjas en la pobre huerta
 Vagan de dos en dos, siempre rezando
 Tan solo hablando con las flores tiernas,
 Elvira al pié de la tranquila fuente
 Que triste sauce con sus ramas besa,
 Sonriendo teje, la nupcial corona
 De blanco azahar y margaritas bellas.
 A la fuente se mira, y con sus manos
 Se ciñe la guirnalda, y se recrea
 Viendo como en la linfa se retrata
 Su imájen pura y candorosa y bella,

Y así pasa las horas y las horas
Como una esposa que en su esposo sueña,
Y algo le oculta el transparente espejo,
Pues la loca no mira en su tristeza
Que su gentil guirnalda, ciñe solo
De su hábito monjil, las tocas negras.
¡Oh! ¡pobres flores que esparceis aromas
En torno de la frente de una muerta!
Si pasa Inés ante sus tristes ojos
Elvira silenciosa la contempla
Con amante mirada que se nubla
Entre raudal de lágrimas acerbadas.
Jamás desde la tarde infortunada
En que la triste, dolorosa cuenta,
Tuvo de su desgracia, habló á la niña,
Temió manchar su cándida inocencia,
Pero es su amor tan grande y tan sublime
Que día no pasó que Inés no viera
Una guirnalda de olorosas flores
Postrada en los umbrales de su celda.

IX.

En esas tristes horas de la noche,
Cuando se llena el claustro
De fantasmas oscuros y medrosos
Y errantes fuegos fátuos.
Cuando los mónstruos hórridos de piedra
Palpitan en sus marcos,
Y crujen las estátuas sepulcrales,

Y de los negros cuadros
Parecen que descienden las figuras
De abadesas y santos.
Cuando se escucha el silbo pavoroso
Y el agorero canto
Del murciélago horrible y la lechuza
Allá en el campanario.
Cuando el templo se inunda de tinieblas,
Y el Dios Crucificado
Siente en la soledad y en el silencio
Nuevo martirio amargo,
Y se desclava de la Cruz sangrienta,
Y en el altar sentado,
A los muertos convoca recibiendo
Sus plegarias y cánticos.
Cuando mueren las luces de las lámparas
Que alumbran los retablos,
Y resuenan extrañas armonías
En los sombríos ángulos,
Cuando todo es pavura, sombra, frío,
Se ve, que á largos pasós,
Un fantasma con hábitos de monja
Cruza veloz el claustro.
¿Quién es? Adónde vá, de dónde viene?
Preguntan espantados
Los espectros, las sombras, las estatuas,
Las monjas y los santos.

Es Elvira, es Elvira, que en la celda
Siente morir su corazón ahogado.



El Toque de Agonia

281

Es Elvira infeliz, que sube ansiosa
 A la torre del alto campanario,
 Y asida á una entreabierta celosía
 Oye del mundo los rumores vágos.

Y mira en el Cielo la luna serena
 Cual globo de plata, brillante de luz,
 Rodando entre estrellas, que bordan el manto
 Que cubre la tierra con nubes de tul

En frente á la torre, sus ojos descubren
 Lujosa morada, y escucha que allí
 Resuenan cantares y músicas bellas
 Y danza festiva y alegre bullir.

Y piensa en las noches, en que ella esperaba
 Sentada á la reja, muriendo de afán,
 La dulce presencia, los suaves suspiros
 Las tiernas palabras de amante galán.

Y entónces recuerda sus dichas perdidas,
 Contempla en el cláustro su amarga prision,
 Y mira aquel mundo dormido á sus plantas
 Soñando en poemas divinos de amor.

Y aparta su vista y encuentra el convento
 Oscuro y helado, sin voces, sin luz,
 Y el cláustro á sus ojos semeja espantable
 Abierto sepulcro, siniestro atahud.

Y Elvira infelice muriendo de angustia
 La torre abandona y al cláustro veloz
 Desciende, y contempla la imájen sombría
 Del Cristo que alzado está en un rincon.

Y al ver á aquel Cristo ¡qué importa que viertas

k*

Sacrílega esclama, tu sangre por mí,
 Si es más mi tormento, mayor mi agonía,
 Más grande el martirio que sufro por tí!
 Y entónces las monjas que duermen el sueño,
 Que no acaba nunca, con voz sepulcral,
 Murmuran ¡maldita! ¡Maldita! repiten
 El cláustro, las tumbas, el huerto, el altar.

X.

¡Infeliz! En las crueles
 Noches del helado invierno,
 Cuando el huracan silbaba
 Del campanario en los huecos,
 Cuando azotaba la lluvia
 Sus muros toscos y negros,
 Y sin luna y sin estrellas
 Por el ancho firmamento
 Rodaban de oscuras nubes
 Aterradores ejércitos,
 Elvira, la triste Elvira,
 Siempre en su elevado asiento,
 Con la lluvia y con el llanto
 Mojando su traje negro,
 Y haciendo helarse de frio
 La médula de los huesos,
 Cual suspiros de agonía,
 Lanzaba quejas al viento
 Que hallaban dolientes notas
 En ritmo extraño y tremendo. ^(a)



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSERVACIÓN DE CULTURA

¡Tristes cantares nacidos
De amargo amor, al recuerdo,
Cantados en una tumba,
Por los lábios de un espectro:
¡Adónde iréis, ¡desdichados!
Que no causeis más que miedos!
Espántame ¡ay Dios! la idea
De pensar que aquellos ecos
Se perdian en las sombras
Sin llegar nunca á su centro,
Y que en medio de la vida,
Puede envolver el silencio
De la muerte, esos clamores
De desesperado anhelo.

XI.

Las monjas, que no sabian
Que dentro de su convento
De un martirio tan terrible
Hubiese tan grande ejemplo,
Llenas de susto escuchaban
Cada noche aquellos tetricos
Sones, á quienes pavura
Prestaba el furioso cierzo.
En su ignorancia decian
Que el Espíritu maléfico

En la torre celebraba
Aquelarres del infierno;
Y aunque la madre Abadesa,
Por el general consejo
Puso en la torre endiablada
Estampas con santos rezos,
Y Cristos y agua bendita,
Tan sagrados amuletos
No servian, pues el Diablo
No dejaba el monasterio,
Ni hubo noche que en la torre
No pasára largo tiempo.
Y áun alguna monja dice
Que vió, de terror muriendo,
Vagar por el cláustro oscuro
Negro y fantástico espectro,
Con paso tan sin medida,
Y con andar tan ligero,
Que su negra vestidura
Casi no tocaba al suelo.
Y se murmura en Sevilla,
Pero no sin gran misterio,
Que en las *Dueñas* por las noches
Se escuchan extraños ecos.
Se habla también de una hermosa,
A quien un tutor sediento
De sus bienes, ayudado
De un fraile por los consejos,
Encerró casi á la fuerza
En un ríjido convento,
Y que el tutor, por los años
Y por los remordimientos,



Próximo está á la agonía
Y que maldice en su lecho
Al fraile y á las riquezas,
Causas de sus malos hechos.
Mas todos estos rumores
Corren con tantos recelos,
Que «yo sé....» ninguno dice,
Y sí todos «me dijeron....»

Llegó una noche; la noche
En que el sevillano pueblo
Celebraba entre alegrías
De Jesus el nacimiento,
Y Elvira subió á la torre,
Cual nunca llanto vertiendo.
Las monjas, sus compañeras,
Convocadas en el templo,
Recibian con plegarias
Y cánticos de contento
A Aquel Dios, que hombre se hacia
Por los hombres de amor lleno.
Allá en la torre escuchaba
La triste Elvira los ecos
De danzas y de cantares
Y rústicos instrumentos,
Y via las mil comparsas,
De estudiantes y de pueblo,
Que las calles recorrian
Con vihuelas y panderos.
No había mansion rica ó pobre

Sin músicos ni festejos;
 No había calle sin guitarras
 Ni meson sin bailoteos.
 Y ¡ay! Aquella alegre noche
 De jubilosos estruendos,
 Gloria del hogar y lazo
 De paz y de esparcimiento,
 Pasa Elvira sola y sola
 Derramando llanto acerbo.
 ¡Ay! Si tuviera un esposo,
 ¡Qué noche! ¡Qué placeros
 Instantes y qué venturas
 Gozara bajo su techo!
 ¡Ah, qué horror! Tanta agonía
 Le causan sus pensamientos,
 Que si está loca, en tal noche
 Puso á su locura término!

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Hasta la torre subian
 Del claustro los sacros rezos
 Y al llegar allí tornaban
 Los tristes lúgubres ecos
 De esas fúnebres salmódias
 Que despiden á los muertos.
 Y cuando todas las monjas
 Salieron del santo templo,
 Escucharon con asombro
 Y embargadas de hondo miedo
 El tañir de una campana
 Que, con són pausado y seco,
 En vez de tocar á gloria

